

## Encuentros teóricos entre Ernesto Laclau y Eliseo Verón: el problema del discurso político

Belén Fernández Massara <sup>20</sup>

Recibido: 4/05/2015

Aceptado: 21/06/2015

### Resumen

Durante décadas, las ciencias sociales han puesto en cuestión la pertinencia y rigurosidad científica del análisis del discurso. En verdad, la idea de una representación “transparente” de una realidad ontológica, ha sido siempre la privilegiada en las reflexiones sobre el lenguaje y la cultura. Avanzado el siglo XX, se impondrá una complejidad social traducida en totalidades incommensurables, cada vez más múltiples y fragmentadas, que resistirán tanto a la concepción de la estructura discursiva cerrada como a su referencia objetiva a la realidad. El presente trabajo apunta a dar cuenta de dos de los principales referentes que han estructurado los estudios sobre los discursos en la Argentina: la teoría postmarxista de Ernesto Laclau y la teoría semiótica de Eliseo Verón. Para ello es necesario avanzar en la construcción de un campo común desde el cual sea posible establecer un diálogo entre estas dos perspectivas. Nos centraremos entonces en la discursividad política y las lógicas del poder. Partimos de una doble premisa: que el problema del discurso político es el lugar donde se registran posibilidades consistentes de

---

<sup>20</sup> Licenciada y Profesora en Comunicación Social (FACSO- UNICEN)

Doctoranda en Comunicación (FPyCS- UNLP)

Profesora Adjunta. Departamento de Comunicación Social

Facultad de Ciencias Sociales- Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Olavarría, Buenos Aires.

E-mail: [micaiaara@yahoo.com.ar](mailto:micaiaara@yahoo.com.ar)

articulación conceptual, y que estas pueden contribuir a las reflexiones teórico-epistemológicas acerca del campo de la comunicación, como a las investigaciones sobre los diversos fenómenos sociales que constituyen sus objetos.

**Palabras clave:** Laclau- Verón- discurso político- articulación conceptual

*Theoretical meetings between Ernesto Laclau and Eliseo Verón*

*the problem of political discourse*

**Abstract**

During decades, social scientists have questioned the relevance and scientific rigor of discourse analysis. Indeed, the idea of a “transparent” representation of an ontological reality, has always been privileged in the reflections on language and culture. Into the twentieth century, a social complexity translated in immeasurable wholes increasingly multiples and fragmented, that resist both the conception of discourse structure closed as its objective reference to reality. This paper aims to realize two of the main references that have structured discourse studies in Argentina: the post-Marxist theory of Ernesto Laclau and semiotic theory of Eliseo Verón. This requires progress in building common ground from which it is possible to establish a dialogue between these two perspectives. We then focus on the political discourse and the logic of power. We start from a double premise: that the problem of political discourse is the place where register consistent possibilities of conceptual joint, and that these can contribute to the theoretical-epistemological reflections on the communication field, as well as investigations on various social phenomena that are its objects.

**Key words:** Laclau- Verón- political discourse- conceptual articulation

**Introducción**

Desde hace unos años, se ha vuelto urgente recuperar la dimensión política en la comprensión de los procesos sociales, tanto desde la revisión de los clásicos como desde la construcción de nuevos conceptos y categorías de análisis. En estos términos, se vienen profundizando los esfuerzos de investigación desde nociones fundantes como discurso, ideología, hegemonía, conflicto y poder a partir

de una convergencia teórica que no se reduce a la teoría política, sino que involucra de modo fundamental a la semiótica y a los estudios en comunicación. En particular, la discursividad política involucra un campo ineludible que puede contribuir a nuevos interrogantes, aproximaciones e investigaciones empíricas. Avanzar en esta discusión constituye un área de vacancia de los estudios de comunicación, más aún cuando estos se han constituido históricamente desde la convergencia de matrices disciplinares, tradiciones y modelos teórico-metodológicos de muy diverso origen.

Durante décadas, las ciencias sociales han puesto en cuestión la pertinencia y rigurosidad científica del análisis del discurso. Las corrientes de tradición positivista acusaron al discurso de “ideológico” o ajeno al objeto de estudio, tal el caso del estructuralismo lingüístico. En las antípodas políticas y académicas, el marxismo asumió al discurso como parte de la superestructura ideológica y legitimador de la “falsa conciencia”. En verdad, la idea de una representación “transparente” de una realidad ontológica, ha sido siempre la privilegiada en las reflexiones sobre el lenguaje y la cultura. Avanzado el siglo XX, se impondrá una complejidad social traducida en totalidades inconmensurables, cada vez más múltiples y fragmentadas, que resistirán tanto a la concepción de la estructura discursiva cerrada como a su referencia objetiva a la realidad.

El presente trabajo apunta a dar cuenta de dos de los principales referentes que han estructurado los estudios sobre los discursos en la Argentina: la teoría postmarxista de Ernesto Laclau y la teoría semiótica de Eliseo Verón. Para ello es necesario avanzar en la construcción de un campo común desde el cual sea posible establecer un diálogo entre estas dos perspectivas. Nos centraremos entonces en la discursividad política y las lógicas del poder. Partimos de una doble premisa: que el problema del discurso político es el lugar donde se registran posibilidades consistentes de articulación conceptual, y que estas pueden contribuir a las reflexiones teórico-epistémicas acerca del campo de la comunicación, como a las investigaciones sobre los diversos fenómenos sociales que constituyen sus objetos.

Más allá de ser ambos argentinos y contemporáneos, asumir cierta terminología en común y definir recorridos derivados de la tradición postestructuralista, Verón y Laclau no se han influido de modo directo. Sus perspectivas han sido consideradas opuestas y hasta irreconciliables. En rigor, no existen prácticamente teorizaciones o investigaciones empíricas que apunten a trazar diálogos conceptuales. Salvo valiosas excepciones desde la teoría política (Fair, 2008; Retamozo y Fernández, 2010), no ha habido un esfuerzo sistemático por delinear las relaciones entre sus respectivos andamiajes conceptuales en pos de emprender un examen riguroso de la compleja discursividad social.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Las muertes de Ernesto Laclau y Eliseo Verón, sucedidas en abril de 2014 y con escasos días diferencia, obligan a repensar sus planteos, en el marco de los escenarios intelectuales a los que contribuyeron a comprender y a transformar. En los últimos años, sus intervenciones públicas los ubicaron en posiciones opuestas frente al actual gobierno argentino -eminentemente crítica en el caso de Verón, de apoyo explícito por parte de Laclau-, que

Parafraseando a Verón, la ruptura (y su posible superación) entre ambos enfoques, es una cuestión mal planteada. No se trata aquí de compararlos. Está claro que responden a diversas perspectivas epistemológicas y diversos objetos de estudio. En tanto Laclau ha desarrollado una teoría política con altos niveles de abstracción y formalidad, Verón ha producido sus aportes teóricos desde la investigación de los funcionamientos semióticos concretos. No obstante, sus derivaciones no se agotan en los problemas que los preocupan ni en sus particulares campos disciplinares. En este punto, los estudios en comunicación pueden aportar una mirada más interdisciplinaria y nuevas claves explicativas. Sin ánimo de ser exhaustivos y dejando de lado toda pretensión de objetividad escéptica, este texto constituye un punto de vista en torno a las valiosas perspectivas de estos pensadores, como a sus posibilidades específicas de articulación teórica, lo que permita trazar otras coordenadas en el abordaje de los procesos de producción y reconocimiento de los discursos políticos en nuestras particulares coyunturas latinoamericanas.

### **Discurso, hegemonía y poder en Ernesto Laclau**

Es evidente la enorme influencia que Ernesto Laclau ha tenido en los estudios sociales de América Latina. Convergen en su pensamiento las revisiones críticas al estructuralismo lingüístico y la búsqueda de alternativas teóricas a las miradas dogmáticas que han sustentado al marxismo ortodoxo. Estos esfuerzos de conceptualización apuntan a dar cuenta de los aportes de una teoría del discurso a la comprensión de las disputas políticas, que se sustenta en la clásica distinción entre *la* política y *lo* político. Siguiendo a Lefort (1990), la política remite a un nivel *óntico*, la multiplicidad de prácticas de la política convencional, que supone una lógica instrumental de administración de lo instituido, mientras que lo político define lo *ontológico*, que posee un carácter sustantivo y una función instituyente. En Laclau, la noción de discurso se ubica a veces en un nivel ontológico, para pensar “lo político” como instancia de

---

habilitaron nuevas interrogaciones sobre las condiciones de posibilidad de las democracias latinoamericanas. No es interés de este artículo analizar sus posicionamientos políticos en el debate público. Consideramos, en cambio, que las conceptualizaciones sobre la discursividad política constituyen los aportes más interesantes e incisivos de ambos autores, tanto en lo que respecta a sus diferencias como a los aspectos menos explorados de sus entrecruzamientos teórico-metodológicos.

institución de lo social, otras en un nivel óptico para conceptualizar las formas en que se constituyen los sujetos y sus identidades políticas (Retamozo y Fernández, 2010).

Entre las filiaciones que el politólogo reconoce, encontramos a la lingüística estructuralista desarrollada por Ferdinand de Saussure. La premisa básica es la lengua como un sistema preexistente a toda referencia empírica, un sistema de relaciones diferenciales donde cada elemento depende del valor de los otros dentro del sistema. En este punto, entiende Laclau (2004) que había limitaciones específicas para una lingüística del discurso: éste no es una oración de mayor extensión, entonces no depende de la lógica de la lengua sino de la voluntad del hablante, de sus combinaciones más o menos conscientes. Por tanto, el discurso escapa a toda regularidad estructural aprehensible por una teoría general. Además, si Saussure había anticipado que la Lingüística formaría parte de una ciencia general (la Semiología), la estricta adscripción al sistema como la persistencia del isomorfismo entre significante y significado, impidieron una aplicación más amplia de sus categorías específicas.

Las corrientes postestructuralistas intentaron sistematizar estas inconsistencias, en particular los aportes de Hjelmslev desde la Escuela de Copenhague (con la reformulación del signo lingüístico y la elaboración de una metodología empírico-deductiva con crecientes niveles de formalización), como así los trabajos pioneros de Roland Barthes acerca de otros sistemas semiológicos (como la alimentación, la moda y los medios de comunicación). A partir de allí, hubo una aceptación creciente de que el discurso no refería a un grupo particular de objetos, sino a un punto de vista desde el cual era posible redefinir la vida social como totalidad. La tendencia creciente en el postestructuralismo ha sido experimentar “la lógica de subversión de las identidades discursivas que se desprende de la imposibilidad lógica de constituir un sistema cerrado” (Laclau, 2004, p. 3).

Tres grandes corrientes se identifican con este momento: los trabajos tardíos de Roland Barthes acerca de la pluralidad de los textos; el psicoanálisis desde Jacques Lacan, que radicaliza la lógica del significante, en términos del deslizamiento permanente del significado bajo el significante; y el deconstruccionismo iniciado por Jacques Derrida, que demuestra que ninguna estructura de significación puede encontrar en sí misma el principio de su propio cierre. En consecuencia, Laclau reivindica la idea de que frente a la imposibilidad del discurso como totalidad cerrada, *las diferencias sustanciales entre lo lingüístico y lo no lingüístico deben ser rechazadas.*<sup>22</sup> Volveremos sobre este punto.

---

<sup>22</sup> Esta posición explica asimismo que Laclau mantiene una relación más distante con Michel Foucault y su escuela. Al principio, el problema central para Foucault fue determinar la “episteme”: el conjunto de relaciones que unifica las prácticas discursivas en un momento histórico dado. La última etapa fue un intento de superar las dificultades de su análisis: así reemplazó su “arqueología del saber” por una “genealogía”, no obstante las regularidades discursivas nunca atravesaron la frontera entre lo lingüístico y lo no lingüístico.

La problematización del discurso político en la obra laclausiana se vincula con los cuestionamientos al marxismo ortodoxo. Dos cuestiones son especialmente críticas: el esencialismo atribuido a la ideología como “falsa conciencia” o como nivel necesario de toda formación social, y el reduccionismo económico o de cualquier otra determinación “en última instancia”. El primer problema comprende el progresivo desplazamiento desde la revisión de la “sobredeterminación” de Louis Althusser, hacia las consideraciones acerca de cómo determinados discursos ideológicos adquieren unidad a partir de las diversas interpelaciones a los sujetos. De manera que la hegemonía “no consiste en la imposición de una cosmovisión cerrada al resto de la sociedad, sino en la articulación de una multiplicidad de elementos ideológicos *que no tienen una necesaria connotación de clase*, al discurso hegemónico de la clase hegemónica” (Laclau, 1977, p. 20). De todos modos, la concepción althusseriana de interpelación dejará de tener protagonismo en los escritos posteriores del autor, para acentuar en cambio el interés en otras nociones como antagonismo y articulación.

El problema del reduccionismo económico –y con él, la lectura ortodoxa de la tópica base/superestructura- tenderá a ser superado desde la teoría de la hegemonía, partiendo de la noción nodal de Antonio Gramsci. Sin embargo, revela Laclau el esfuerzo por trascender al pensador italiano, a quien considera solo un momento transicional en la deconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo clásico. Argumenta que si para Gramsci el núcleo de toda articulación hegemónica era una clase social fundamental, en las actuales condiciones del capitalismo tardío esa unidad es siempre precaria y sometida a un proceso constante de rearticulación. Como sostiene en *Hegemonía y estrategia socialista* (publicado junto con Chantal Mouffe en 1987), el pensamiento gramsciano entraña una contradicción: por un lado, la importancia política de la clase obrera radica en su carácter histórico y contingente, en tanto transforma su propia identidad articulando una pluralidad de luchas y reivindicaciones democráticas; pero por otro, pareciera que ese papel articulador le estuviera asignado por la infraestructura, con lo que pasaría a tener un carácter necesario.

Ya en sus tempranos trabajos sobre populismo, Laclau (1978) asumía que un “principio organizador” resulta central para analizar la constitución de los antagonismos ante un “otro” que permite crear un vínculo en torno a la común condición de opresión (el pueblo, resultado de la acción hegemónica). La articulación propia del populismo opera entonces articulando elementos que son presentados como antagónicos al bloque de poder. Pero las identidades resultantes no son necesarias ni prefiguradas. Por el contrario, aparecen como el resultado contingente de acciones o decisiones políticas, en todo caso, enunciaciones que articulan diferentes significantes y que producen diferentes efectividades hegemónicas.

La construcción teórica de la categoría de articulación requiere especificar los elementos que entran en relación articuladora, y determinar la especificidad del momento relacional en que consiste tal

articulación. “Llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. *A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos discurso*” (Laclau y Mouffe, 1987, pp. 176-177, el subrayado es nuestro). Un discurso constituye entonces un sistema de identidades diferenciales. Pero un sistema solo existe como limitación parcial de un “exceso de sentido” que lo subvierte, y que es el terreno de toda práctica social. En este sentido, se diluyen las fronteras entre prácticas lingüísticas y no lingüísticas: acción y estructura pasan a ser una distinción al interior de las totalidades discursivas.

Recuperando el psicoanálisis de Lacan, los autores entienden que las prácticas hegemónicas son suturantes en la medida en que su campo de acción está determinado por el carácter inestable de todo significante. Una sociedad totalmente suturada sería aquella que puede llenar completamente esa “falta” y ha logrado, por consiguiente, identificarse con la transparencia de un sistema simbólico cerrado. Sin embargo, ese cierre es imposible. Esta imposibilidad desliga la conexión entre significante y significado, lo que conlleva la proliferación de *significantes flotantes* en la sociedad. La lógica del poder político alude a los intentos de las fuerzas políticas rivales de fijar parcialmente esos significantes a configuraciones significantes particulares. Esto significa, en primer término, que la configuración realmente existente es esencialmente contingente; en segundo término, que no puede ser explicada por la propia estructura, sino por una fuerza parcialmente externa, que es la fuerza de la hegemonía.

El momento del choque antagónico, que no puede ser representado directamente, puede sin embargo ser significado mediante la producción de un *significante vacío*. Este se forma mediante la constitución de una cadena de equivalencias a partir de una dispersión de elementos que se unifican en un “punto nodal”, y que se contraponen a otra cadena de equivalencias amenazante del sistema. La sociedad es, en realidad, la ficción del deseo de “suturar” una estructura que se encuentra necesariamente ausente, el sitio de una totalidad fallida. El carácter abierto de lo social se deriva precisamente de la imposibilidad de que una fuerza hegemónica pueda fijar completamente la significación. Estas consideraciones servirán de fundamento a la conceptualización de las identidades sociales: la constitución de una identidad social es un acto de poder y entonces la identidad es poder. Es decir: “una identidad objetiva no es un punto homogéneo sino un conjunto articulado de elementos. Pero como esa articulación no es una articulación necesaria, su estructura característica, su “esencia”, depende enteramente de aquello que niega” (Laclau, 2000, pp. 48-49).

En consecuencia, todo discurso implica sobre todo una cuestión de límites: un límite verdadero debería interrumpir un espacio de representación, debería ser radicalmente heterogéneo con éste. Si la lengua (y todo sistema significante) constituye una totalidad diferencial, el cierre es condición de significación. Lo que requiere ese cierre es una *exclusión*. No obstante, si esta exclusión es lo que hace posible la totalidad, por otro lado, con respecto al elemento excluido, las diferencias son no solo

simplemente diferenciales sino mutuamente equivalentes. Pero una relación de equivalencia es lo que subvierte una relación diferencial; o sea, que cada identidad aparece aquí constituida sobre la base de dos tipos de relaciones que son incompatibles entre sí, sin poder resolverse esta incompatibilidad en ningún sistema lógico coherente. Se trata de un objeto que es a la vez *imposible y necesario* (Laclau, 1996, 2005)<sup>23</sup>.

¿Cómo es posible en la política la representación de este momento totalizante? El autor argumenta que sólo es posible si una cierta particularidad asume la representación de una totalidad que es completamente inconmensurable respecto a sí misma. Los medios de representación son las *demandas parciales*. En determinado momento, una demanda asume la función de representar la totalidad (como “justicia”, “democracia” o “inclusión”). Y cuanto más expansiva sea la cadena de equivalencias, tanto más la función simbólica de la demanda originaria va a representar una totalidad que la supera, y tanto más difusa va a ser la relación con su particularidad originaria. Esta relación entre lo particular y lo universal es lo que constituye una relación hegemónica.

Este modelo discursivo de estructuración de lo social es de carácter *retórico*. Laclau lo explica en estos términos: “si estamos buscando un terreno en el que la subversión de identidades resultantes de las relaciones antagónicas pudiera ser representado, la Retórica sería un campo privilegiado para nuestra investigación, aceptando que ésta consiste, precisamente, en el distanciamiento de toda significación literal como resultado del movimiento tropológico” (2006, p. 26). Lo que opera es un desplazamiento de la cadena significativa, por el cual un término asume la representación de algo que constantemente lo excede. Es decir, para que un significante particular se vacíe y pueda constituirse en superficie de inscripción de significados que lo exceden en su literalidad, requiere de una operación retórica. Toda relación retórica es finalmente una relación *catacrética*, un tipo de figura respecto de la cual no existe un término literal de designación. Lo catacrético define la dimensión ontológica fundamental a través de lo cual la significación se estructura, y que permite entender cómo opera la articulación de elementos disímiles que hacen posible la constitución de una nueva identidad política (por ejemplo, el pueblo).<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> Explica que si el objeto es necesario, debe tener algún tipo de acceso al campo de la significación. Si el objeto es imposible, esa representación será necesariamente una representación distorsionada. Este constituye un terreno ontológico en el que el fracaso inherente a la representabilidad, se torna él mismo representable, como en el noumeno kantiano: un objeto que se muestra por medio de la imposibilidad de su adecuada representación.

<sup>24</sup> Como ha argumentado en *La razón populista* (2005), el significante vacío no puede ser un concepto, dado que la relación con las instancias que reagrupa no es de subsunción conceptual. Es un nombre. Desde una aproximación antidescriptivista, sostiene que la identidad y unidad del objeto son resultados de la propia operación de nominación. Empero, esto sólo es posible si la nominación no está subordinada a una designación precedente, por lo que debe volverse no sólo contingente, sino también vacío.



## Verón y la semiosis social

La segunda vertiente fundante de las teorías del discurso lo constituye el enfoque sociosemiótico de Eliseo Verón. Su perspectiva recibe el nombre de Teoría de la Discursividad o Teoría de los Discursos Sociales. Son ampliamente valorados sus aportes pioneros al campo de la comunicación, especialmente sus estudios de los modos de expansión del modelo semio-estructuralista en América Latina y sus discusiones emergentes relativas al problema del método, publicadas en el primer número de su revista “Lenguajes” desde 1974. Como Laclau, representa un punto de inflexión en el postestructuralismo de inspiración saussuriana, abriendo la posibilidad de un desarrollo conceptual que trasciende a la lengua para dar cuenta de los procesos materiales de producción de sentido. En Verón, esta ruptura se dará sobre todo a través del *pensamiento lógico-pragmático de Charles Peirce*, a la que reconoce como “una teoría antropológica sobre la producción de sentido” (1994) con derivaciones sustantivas en el campo de las ciencias sociales.

En *La semiosis social*, publicado inicialmente en 1987, el semiólogo examina en clave específicamente semiótica el *Curso de Lingüística General*, a partir de una teoría de las fundaciones que difiere sustancialmente de las perspectivas continuistas o de las “rupturas epistemológicas”. Asume que el desarrollo de la lingüística estructuralista es resultado del desfasaje entre condiciones de producción y de reconocimiento. En rigor, no es un efecto directo del Curso, sino un efecto segundo, diferido, de los efectos que este había producido. La apertura de un espacio de identificación (que es el dominio mismo de la lingüística) es el principal resultado de una primera fundación, luego sometida a otras fundaciones.

En producción, la principal inconsistencia del Curso deriva de su matriz positivista: el postulado de que la lengua no existe “en sí misma”, pero al mismo tiempo, es independiente de los sujetos que la hablan; lo más paradójico es que entonces la lengua es de naturaleza *psíquica*. En reconocimiento, Verón enuncia cuatro transformaciones que intentan desagregar el precario equilibrio del modelo saussuriano: 1) la especificidad no natural de la lengua (que neutraliza su fundamento social), 2) el sustrato de este objeto (que retiene el momento construido, evitando su reificación, 3) el signo en tanto entidad psíquica (que revela su autonomía respecto del universo referencial), y 4) el carácter diferencial del mismo (que acentúa el formalismo del modelo, cristalizando la noción de estructura).<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> Estas premisas conducen a Verón en varios de sus escritos teóricos (1996a) a problematizar los aportes del “método estructural” a las ciencias sociales, entendido como la construcción conceptual elaborada como un instrumento para detectar o recortar, en lo real, a la estructura. Y en este sentido, remite tanto al modelo lingüístico de tradición saussuriana como a la antropología estructuralista de Lévi-Strauss. El Curso muestra claramente el proceso que lleva del fenómeno social considerado en aspecto fenoménico (el lenguaje) al descubrimiento de la estructura (la lengua). Implica también que la idea de “comunicación” es completamente ajena: la temprana asimilación entre lengua y código (uno de los principales aportes de Jakobson desde la Escuela de Praga) pone en evidencia el máximo desfasaje entre el Curso y sus condiciones de reconocimiento.

Más adelante (1996b), se detiene en las derivaciones postestructuralistas de tradición francesa en los años '60 de los dos grandes antecedentes de la semiótica de la imagen: los estudios tempranos sobre la fotografía en Barthes y el ensayo de Metz "El cine: ¿lengua o lenguaje?". Conceptos que condensan para Verón el desplazamiento desde la imagen semiológica a las discursividades, y que lo lleva a distanciarse de las nociones de signo y de código, para emprender una teoría de los discursos inspirada en el modelo ternario de Peirce y en las teorías contemporáneas de la enunciación. Trascendiendo todo reduccionismo lingüístico, asumirá que los discursos no obedecen a una lógica inmanente, sino que están insertos plenamente en lo social. Tampoco lo social puede responder a ninguna unidad significativa. El texto no es entonces el "lugar" del sentido, sino que atraviesa todo el sistema de la semiosis infinita; pero este sistema sólo puede asumir la forma de una red de relaciones entre el producto y su "otredad", sus condiciones de producción y de lectura.

Para el autor argentino, los discursos constituyen "materias significantes", es decir, configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material, y que constituyen fragmentos de la semiosis social. La primera condición para poder hacer un análisis discursivo *es la puesta en relación de un conjunto significativa con aspectos determinados de esas condiciones productivas*, en tanto estas dejan huellas o marcas sobre la superficie textual. La noción de discurso implica entonces una instancia de *formalización* o de *modelización* del objeto de análisis, conforme a tres aspectos distintivos del sistema productivo: producción-circulación-reconocimiento. En sentido estricto, la circulación no deja huellas, sino que se manifiesta en la diferencia entre la producción y el reconocimiento. En suma, el proceso de producción "no es más que el nombre del conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual, bajo la forma de operaciones discursivas" (2004, p. 18).

Otro punto clave es la crítica a la teoría marxista contemporánea y a su tendencia a la reificación de sus conceptos, particularmente aquellos vinculados al funcionamiento de lo ideológico. Por caso, la diferencia entre ciencia e ideología constituye una falsa dicotomía, en tanto refiere a una cuestión de reconocimiento, y no de producción. En Verón, la ideología no se reduce a la "falsa conciencia", sino que es una dimensión constitutiva de toda producción de sentido. Todo discurso es ideológico a nivel de sus condiciones de producción; en cambio, los efectos de poder están asociados a las condiciones de reconocimiento. Ambos aspectos son al mismo tiempo gramáticas discursivas, en el sentido en que definen y materializan las dimensiones de análisis de los fenómenos socio-discursivos.

Ya a mediados de los '70, Verón había comenzado a diferenciar entre lo ideológico y la cientificidad, a nivel de los modos de reconocimiento – los efectos de poder- de los discursos. A diferencia del primero, el efecto de cientificidad radica en operar el necesario desdoblamiento entre el texto y el extra-texto, es decir, se muestra precisamente como estando sometido a sus condiciones de producción. En su artículo "Semiosis de lo ideológico y del poder", el semiólogo profundiza este problema y se pregunta: *¿qué es el*

*poder?* La respuesta la encuentra directamente en Foucault, para quien “el poder, no es una institución, ni una estructura, no es cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre dado a una situación estratégica compleja, en una sociedad determinada” (citado en Verón, 1984, p. 49). Asume, en efecto, una concepción del poder no como dominación ejercida por una institución o grupo sino como un juego de relaciones de fuerza, como estrategia resultante de una red productiva.<sup>26</sup> Subyace a esta idea un interés creciente en Verón en los fenómenos discursivos asociados a la comunicación de masas, por lo que se aleja de las concepciones apocalípticas de corte frankfurtiano, para dar cuenta de que los medios no “manipulan” las conciencias sino que tienden a producir determinados efectos de reconocimiento en sus públicos, que se materializan como “sentido producido”.

El problema del poder conduce tempranamente a Verón (1978) a poner en discusión el funcionamiento del discurso político, aquel que manifiesta un vínculo explícito con las estructuras institucionales y con el poder de relaciones sociales asociados a esas estructuras (el Estado, los movimientos sociales, los partidos políticos). El discurso político aparece sometido a sus condiciones ideológicas de producción (en las que operan dichas estructuras), y produce determinados efectos de poder. Dos consideraciones nos interesa destacar en este punto. El poder no es algo que esté “en” el discurso, sino que remite a sus condiciones de reconocimiento, lo que significa que solo puede manifestarse como *otra producción de sentido*. Además, el orden de la discursividad política pone en estricta vinculación los hechos políticos, por un lado, y la producción discursiva, por otro. Los hechos políticos no existen independientemente de su semantización; inversamente, todo discurso político es un hecho político en sí mismo. Verón es aquí especialmente enfático: *trazar la frontera entre acontecimientos y discursos es extremadamente difícil, si no imposible*.

Posteriormente, desarrollará la idea de que el discurso político, como cualquier otro, no es en verdad un “tipo” de discurso, sino un campo discursivo. Además, se entrecruza con muchos otros campos, lo que dificulta el análisis de las especificidades semio-estructurales, retóricas, discursivas, de los intercambios que se producen desde los distintos medios o soportes tecnológicos (ya que las estrategias puestas en juego en el discurso político *mediado* por la radio, no es el mismo que el que se materializa en la televisión, la prensa, etc.). La enunciación política implica esencialmente la construcción de un

---

<sup>26</sup> Sin embargo, la concepción de poder va cambiando a lo largo de su obra. Esta cuestión excede a los objetivos de este trabajo; baste decir que opera un desplazamiento de una concepción sociológica a una concepción semio-discursiva, revelando tres nociones de poder relativamente consecutivas: 1- El poder como subordinación, 2- El poder del discurso, 3- El poder político o público y el poder de los medios. La transformación del poder en el *poder del discurso* adquiere mayor sistematicidad teórica, al tiempo que asume valiosas derivaciones en la comprensión de la comunicación política y sus efectos de reconocimiento en una tercera etapa, en el marco de las crecientes preocupaciones del semiólogo por los procesos de mediatización.

adversario: “en cierto modo, todo acto de enunciación política *a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica*” (Verón, 1987, p. 16).

Indagar sobre los dispositivos de enunciación conlleva, en consecuencia, la idea de que todo enunciador político construye una relación discursiva con tres tipos de destinatarios. En primer lugar, el prodestinatario, que es el partidario o adherente, aquel con quien el enunciador comparte sus creencias e ideas; ese lazo radica en lo que se ha llamado la creencia presupuesta, y se utiliza como discurso de *refuerzo*. En segundo lugar, el contradestinatario, el destinatario negativo o adversario, cuyo lazo reposa en una [inversión](#) de la creencia (lo que significa verdadero para el enunciador será falso para el contradestinatario, y viceversa); se utiliza como discurso de *polémica*. Y finalmente, el paradestinatario, el indeciso, el que decide su voto a último momento; su lazo reposa en una suspensión de la creencia, y se utiliza como discurso de *persuasión*.

En sus investigaciones sobre el discurso de Perón junto con Silvia Sigal (2003), Verón desarrolla su modelo analítico, que consiste en examinar las diferentes “posiciones de sujeto” y las estrategias que ponen en juego frente a cada uno de estos destinatarios previstos. Analiza desde dónde se sitúa el enunciador, cómo persuade a los indecisos, cómo contradice el discurso de sus adversarios político-discursivos. Y en especial, cómo legitima su discurso frente a sus seguidores a partir de los “colectivos de identificación” que se refieren a las “entidades del imaginario político” que definen un “nosotros” inclusivo frente a un “ellos” (en el discurso de Perón, los “peronistas” frente a los “antiperonistas”).

Cabe aclarar, no obstante, que todas estas investigaciones surgen de la hipótesis de la *mediatización de la política*, antes que de una interrogación específica por el discurso político. De hecho, la relación entre comunicación y política constituye para Verón uno de los fundamentos del sistema democrático, más aún en un contexto de profunda crisis de las instituciones tradicionales (como el gobierno, los partidos y los sindicatos), antes *interpretantes* de los procesos de construcción/reconstrucción de las identidades políticas. En su ensayo *Interfaces*, inscribe su análisis en los procesos de mediatización que involucran nuevas prácticas, consumos culturales y registros de sentido a partir de la presencia creciente de los medios de comunicación. Sostiene Verón que las sociedades postindustriales son sociedades en vías de mediatización, es decir, “sociedades en que las prácticas sociales (modalidades de funcionamiento institucional, mecanismos de toma de decisión, hábitos de consumo, conductas más o menos ritualizadas, etc.) se transforman *por el hecho* de que hay medios” (1995, p. 124).<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> No podemos dejar de mencionar que la “mediatización” se entronca con la noción fundacional de los estudios culturales, según la cual las *mediaciones* refieren a los espacios de articulación entre las lógicas de producción, y de recepción y uso de los medios masivos y otras tecnologías de la comunicación. De acuerdo a Jesús Martín Barbero, “el campo de lo que denominamos mediaciones se halla constituido

En su último libro publicado, *La semiosis social 2*, el autor se esfuerza por desambiguar el término “medios de comunicación”, vía la noción de *mediación*, que desplaza el eje de atención de los soportes técnicos a los *usos* de las tecnologías. Subyace la idea de que la comunicación está necesariamente mediada en todos sus niveles, lo que atribuye mayor precisión a la categoría clave de la *mediatización*, “*la secuencia de fenómenos mediáticos históricos que resultan de determinadas materializaciones de la semiosis obtenidas por procedimientos técnicos*” (Verón, 2013, p. 147). Las condiciones de creciente mediatización revelan la profunda imbricación de las operaciones discursivas de los medios en el conjunto de las prácticas sociales, como asimismo la imposibilidad de prever las gramáticas de reconocimiento a partir del estudio de las gramáticas de producción. Esta concepción resulta decisiva para superar los modelos lineales de transmisión de información para examinar, en cambio, la red de semiosis por la cual el sentido se inscribe -siempre de manera parcial o fragmentaria- en estructuraciones determinadas del orden simbólico, y en el entramado complejo de los conflictos que dinamizan las sociedades contemporáneas.

### **Posibilidades de articulación teórico-metodológica**

Las teorías de Ernesto Laclau y Eliseo Verón están sujetas a encuentros y desencuentros. El primero sistematiza los aportes de una teoría del discurso al campo de la política. Desde allí pone en discusión tanto el estructuralismo lingüístico como las lecturas ortodoxas del marxismo, vía los aportes del psicoanálisis lacaniano y una teoría de la hegemonía que trasciende los postulados fundacionales de Antonio Gramsci. Verón se inscribe en la sociosemiótica, en un campo de convergencia que reconoce tanto la perspectiva lógico-pragmática de Charles Peirce como el legado de Ferdinand de Saussure: no obstante sus puntos críticos, continuará utilizando muchas de las conceptualizaciones estructuralistas. Desde los comienzos de sus obras, ambos pensadores argentinos valoraron la obra de Barthes, profundizando la convicción de que la noción de sistema como totalidad cerrada debía ser superada, como asimismo que el discurso no designaba meramente un conjunto de objetos sino un punto de vista desde el cual se podía abordar la complejidad de lo real.

Como vimos, para Verón los discursos conforman configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material, en tanto fragmentos de la semiosis social. El punto de partida de todo análisis discursivo es la puesta en relación de un texto con aspectos determinados de sus condiciones productivas. Si en Verón esto constituye una necesidad metodológica –en tanto sólo el “paquete signifiante” es susceptible

---

por los dispositivos a través de los cuales la hegemonía transforma desde dentro el sentido del trabajo y la vida de la comunidad” (1987, p. 207). El conjunto de estas prácticas revelan los procesos de resignificación que los receptores o audiencias hacen de la cultura masiva, subvirtiendo su sentido original y hegemónico.

de análisis semiótico-, en la teoría laclausiana el discurso trasciende el texto en su sentido restringido, ya que este no puede dar cuenta del conjunto de fenómenos significantes que estructuran a una sociedad como tal. La diferencia es terminológica, antes que conceptual: ambos autores asumen *el carácter ontológicamente constitutivo de la discursividad con respecto a la realidad social*. Es decir, la imposibilidad de pensar a la sociedad fuera de los sistemas de significación, aunque estos producen un exceso de sentido que no puede dominarse por completo.

Otras preocupaciones compartidas apuntan a la teoría marxista contemporánea. Los principales obstáculos epistemológicos se desprenden del reduccionismo económico que resulta de asumir las determinaciones absolutas de la base o de otras determinaciones constituidas a priori, y que la ideología está “en otra parte” o es “falsa conciencia”. Sin embargo, ambos autores emprenden recorridos diferentes. Laclau argumenta que el antagonismo deviene constitutivo de la sociedad capitalista, pero de ningún modo es reductible a categorías tales como clase obrera y clase capitalista. Verón recupera los conceptos foucaultianos, que le permiten entender que lo ideológico y el poder son dimensiones que atraviesan la totalidad de lo social, sin que esto implique que respondan a un principio de coherencia interna. La relación de Laclau con Foucault es más distante. Una formación discursiva no se unifica desde la coherencia lógica de sus elementos ni de un sujeto que lo trasciende, sino desde lo que el pensamiento foucaultiano ha llamado la “regularidad de la dispersión”. No obstante, el autor francés mantiene la diferencia entre prácticas discursivas y no discursivas, lo que resulta insostenible: “todo objeto se constituye como objeto de discurso, ya que ningún objeto se da al margen de una superficie discursiva de emergencia” (Laclau y Mouffe, 1987, p. 179).

El politólogo operará un deconstruccionismo, a la manera de Jacques Derrida: el concepto de ideología podría mantenerse sólo en la medida en que implique la pretensión de una totalidad cerrada que dé cuenta de la “objetividad” de lo real. El rechazo a esta idea coincide con el abandono de un “centro” de la estructura, que ahora debe ser pensado como una serie de sustituciones de centro a centro, un encadenamiento de determinaciones de un significado central que nunca va allá de un sistema de diferencias (Derrida, 1989). Cuestión que en Laclau se traduce en cierta fisura constitutiva del orden social, donde la operación hegemónica produce “puntos nodales” que intentan fijar un sentido que es necesariamente parcial y contingente. Por su parte, Eliseo Verón no menciona a Derrida. Sin embargo, la noción periciana de semiosis infinita, tal como es recuperada por el semiólogo argentino, puede también abordarse desde una concepción deconstruccionista: el centro como esa especie de no-lugar en el que se representan los juegos de significaciones o las “sustituciones de signos hasta el infinito”.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Siguiendo el razonamiento de Hernán Fair (2008), Verón enfatiza el análisis diacrónico de las condiciones discursivas de posibilidad del discurso, con sus “huellas” instituidas como condiciones de producción, y en este sentido, se acercaría a la posición deconstruccionista. Sin embargo, las posibles vinculaciones entre la noción de

Por otra parte, el *problema de la enunciación* implica quizá la mayor divergencia entre ambos enfoques. Puede discutirse que el modelo de Verón instituye de manera fija la presencia de los destinatarios del discurso, relegando sus dinámicas conflictivas, sus procesos de transformación. En estos términos, la noción laclausiana de discurso es más flexible: el antagonismo inherente a todo discurso le impide constituirse plenamente (por efecto del contradestinatario, en términos veronianos) y le permite pasar a formar parte de la cadena equivalencial interna o resultar en un nuevo prodestinatario. Además, los “colectivos” constituyen para Verón entidades semióticas, es decir, a diferencia de la posición laclausiana, no tienen el estatus de las identidades colectivas, sino que son entidades localizables en los micro-funcionamientos discursivos de la acción política.

Sin embargo, consideramos que los análisis de Verón recuperan la dimensión conflictiva del discurso, ya que las situaciones políticas no definen posiciones fijas ni identidades cerradas. Tampoco parten de sujetos racionales y objetivos, sino de las condiciones sociales en que inscriben sus actos enunciativos. Retomemos las investigaciones sobre el discurso peronista. En ellas, Verón y Sigal (2003) analizan las modalidades de enunciación, que en el caso de Perón se vinculan con su origen ajeno a la política partidaria y la representación condensada en su persona en tanto representante del Pueblo, la Patria y la Nación. Atribuyen un “vaciamiento del campo político” al discurso peronista, caracterizado por una unión solidaria fundada en el colectivo “argentinos”, en contraste con la fragmentación asociada a la “acción política”. Esta idea ha sido cuestionada desde la teoría política (por ejemplo, Aboy Carlés, 2001). No obstante, para la sociosemiótica el vaciamiento político nunca puede ser absoluto: es ante todo resultado de estrategias discursivas que, asociadas a sus condiciones productivas, son eminentemente ideológicas.<sup>29</sup>

Las gramáticas de producción y de reconocimiento están ausentes en el pensamiento de Laclau, ya que no pueden escindirse del orden de la discursividad social. De todos modos, considera, como Verón, que todo discurso se relaciona con ciertas “condiciones discursivas de posibilidad”. En las sociedades contemporáneas, la proliferación de las diferencias vuelve aún más difícil la práctica articuladora para lograr una totalidad, y dado que esa totalidad es un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío. En sus planteos más actuales (2005), la noción de “significante

---

“huella” en Verón y la de Derrida deben ser revisadas, ya que, como se dijo, nunca son explicitadas por el semiólogo, por lo que requieren de un marco interpretativo mucho más amplio.

<sup>29</sup> Por ejemplo, el enunciador político logra situarse en posición de asimetría en tanto parece afirmar una descripción objetiva de lo real. Es el caso de la *enunciación pedagógica*, que sitúa al enunciador como autoridad de saber y define al adversario como un “ignorante”. Esta es una de las estrategias que había analizado Verón a partir de las campañas presidenciales de Francia, en el ensayo citado de 1995, donde las condiciones de producción y de reconocimiento operaron en las particulares *interfaces* entre el discurso político y el discurso mediático.

tendencialmente vacío” señala la imposibilidad de un vaciamiento total; todo discurso político debe constituir una cadena equivalencial de significantes que logren “vaciar” para articular un espacio social más amplio. Ahora bien, en nuestros términos, estas operaciones no pueden darse unilateralmente: para entender su eficacia hegemónica, habrá que analizarse no solo en producción (la efectividad del vaciamiento), sino también en reconocimiento. Lo que significa que el discurso es resultante de los procesos de articulación –siempre inestables y precarios- *entre las condiciones de producción y las condiciones de reconocimiento*.

Por otra parte, el problema del poder en Verón ha suscitado diversas consideraciones críticas. Para varios investigadores, su posicionamiento estrictamente semiótico relega el análisis de las bases materiales del poder. Torres Castaño advierte que el modelo conlleva cierta reducción específica, a la que resume en tres planos: *“la negación de la materialidad social por el discurso, la sustracción de la materialidad del poder, y finalmente la negación de la articulación concreta entre la expresión discursiva y la expresión material del poder”* (2011, p. 79). Desde nuestra perspectiva, no obstante, la focalización en los aspectos semióticos del funcionamiento discursivo no excluye la problematización de las condiciones materiales, en el marco de un posicionamiento que admite la centralidad de la lógica del marxismo y, por tanto, de una visión materialista-histórica sobre la trama de relaciones de poder en que esos discursos se producen y son reconocidos. El recorte sobre la dimensión significativa del discurso, reclama información “extra-textual” (sociológica, política, económica, etc.) que el texto no está en condiciones de proveer, pero este desdoblamiento es *estrictamente metodológico*.

En franca coincidencia con Laclau, Verón apunta a superar la distinción entre lo simbólico y lo material, entre lo discursivo y lo extradiscursivo, y el texto aparece más bien como resultado de una exigencia analítica: recordemos que para él, los efectos de “cientificidad” de los discursos se producen cuando estos se tematizan a sí mismos como sometidos a determinadas condiciones de producción. Acompañamos las recientes reflexiones de Eva da Porta (2014) desde la sociosemiótica: la semiosis es una “arena de luchas” (en el sentido propuesto por Bajtin), un campo de disputas, imposiciones simbólicas y funcionamientos discursivos del poder que tienen importantes efectos performativos sobre las diversas esferas de la vida social. En consecuencia, queda claro que la conflictividad de lo social no está ausente en la perspectiva veroniana, sino que *deviene en condición de funcionamiento específico de los discursos*, en los que se materializan las luchas de intereses por la producción de sentido.

### **Apuntes finales**

Examinar las contribuciones de Laclau y Verón al conjunto de las ciencias sociales puede convertirse en un trayecto analítico inagotable, más aun cuando sus respectivas teorías del discurso han asumido



recorridos no lineales a lo largo de más de cuatro décadas. Desde distintas perspectivas, se han realizado notables esfuerzos por delinear sus conceptos, por lo general, enfatizando las diferencias, que se revelan significativas y consistentes. Ciertamente, una teoría de la discursividad social constituyó para Verón la base fundamental para desarrollar, sistematizar y dotar de coherencia a su dispositivo de análisis de los funcionamientos semióticos específicos. Para Laclau, en cambio, la pregunta se orientó a las contribuciones de una teoría del discurso para comprender en clave política la imposibilidad de cierre de sentido, la constitución de los antagonismos, la estructuración fallida de las identidades sociales. Empero, estas divergencias no responden tanto a sus marcos conceptuales, como a sus diversas pertenencias disciplinares. Los estudios en comunicación pueden aportar una mirada crítica e interdisciplinaria, revelando posibilidades de articulación teórica, que trasciendan posiciones asumidas y no necesariamente fundamentadas acerca de las “incompatibilidades” entre ambos pensadores. Esperamos haber aportado en esta dirección.

Las preocupaciones de Verón y Laclau sobre la problemática de la discursividad convergen en un momento en que la idea positivista acerca de la existencia de una representación objetiva que reflejaría una verdad ontológica que debía “descubrirse”, comienza a ser fuertemente rechazada. Sus aportes deben, por tanto, inscribirse en un estado de debate en el que, a partir de la década del '70, habrá de confluir en la problemática constitución de los estudios en comunicación. Pero mientras que el primero es reconocido como uno de los principales exponentes del campo desde sus desarrollos de tradición semio-estructuralista, Laclau ha sido relegado a la teoría política; no obstante, a partir de sus acercamientos pioneros a la concepción althusseriana de ideología, su obra tiene importantes derivaciones en la línea posestructuralista de la Escuela de Birmingham, como ha destacado Stuart Hall en el clásico “Estudios culturales: dos paradigmas” (2010).

Como analizamos, ambos pensadores otorgan un papel fundacional al *Curso de Lingüística General*. Y ambos se distancian del modelo al comprender que la heterogeneidad del discurso no puede ser expresada en la estructura cerrada del sistema. Verón complejiza la cuestión de la materialidad significativa, al superar lo lingüístico para involucrar múltiples niveles de significación. El discurso dista de manifestarse de manera lineal como lo instituyó Saussure: la ubicuidad del poder –en los términos foucaultianos- sólo puede implicar los efectos de un discurso al interior del entramado de las relaciones sociales. Si Laclau también intenta trascender la idea saussuriana de la estructura cerrada de elementos, su crítica es deudora tanto del psicoanálisis lacaniano como del pensamiento de Derrida: la censura radical del concepto de estructura, constituida por el momento en que el centro es abandonado y con él la posibilidad de fijar un sentido exterior al flujo de las diferencias.

El punto de mayor divergencia es el problema de la enunciación, en rigor, ausente en las reflexiones de Laclau. Ahora bien, si admitimos que para el autor el discurso es resultado de una práctica articuladora

que organiza y constituye las relaciones sociales, entonces esa práctica no puede darse solo en condiciones de producción simbólica, sino además en reconocimiento. De otro modo, se caería nuevamente en una mirada conductista, en la correspondencia lineal entre significados, en un elemento último o trascendental de la estructura significante. Una concepción dialéctica de la comunicación se vuelve nodal para pensar los discursos en el marco de procesos de recepción, entendidos como instancias de producción simbólica, en especial cuando los medios de comunicación se vuelven importantes dinamizadores de las luchas hegemónicas. Este problema no resulta ajeno al pensamiento laclausiano, en atención a los “efectos ambiguos” de la comunicación de masas que constituyen elementos poderosos de subversión de las identidades colectivas (Laclau y Mouffe, 1987).

En síntesis, no hay sociedad fuera del orden del discurso, a la vez que hay un desbordamiento constante de la significación que no puede ser dominada por el sistema. En Laclau, debido a una sutura siempre precaria y contingente de toda estructura significante: la operación hegemónica se enfrenta constantemente a la negación de un sentido último, a la “imposibilidad de lo social”. En Verón, porque los textos no pueden representar la totalidad del objeto, pero también porque están inscritos en una red de producción de sentido –una semiosis infinita, en términos peircianos- que constituye el pasaje estructurante de varios sistemas de significación. En este punto, de igual modo que para Laclau, el semiólogo entiende que las fronteras entre lo discursivo y lo no discursivo deben ser rechazadas: “Cuando uno se coloca en el nivel del funcionamiento discursivo, se encuentra en el plano social, la producción discursiva de sentido (y no hay nada que no sea discursivo) es enteramente social: uno trata con discursos y no con *el* discurso” (Verón, 1984, p. 46).

Finalizando, en este trabajo nos detuvimos en el problema del discurso político. Desde la sociosemiótica, el campo de la mediatización de la política se revela como insoslayable para pensar las condiciones materiales de las sociedades latinoamericanas. Verón examina la progresiva autonomización de la información televisiva en relación al poder público, pues en las sociedades postindustriales democráticas, la mediatización de lo político siempre es un problema de interfaz entre lo político y la información. Implica entonces un lugar estratégico para interpelarnos acerca de las dinámicas que operan en las instancias de producción y reconocimiento, no solo en relación a los medios de comunicación sino también a la diversidad de prácticas en las que las identidades adquieren espesor cultural y político. Las agudas reflexiones laclausianas se tornan a la vez fundamentales al momento de cuestionar toda perspectiva esencialista acerca del conjunto de las relaciones de poder, afirmando el carácter precario de las identidades sociales como la imposibilidad de fijar el sentido de los elementos en ninguna literalidad última.

Nuestra propuesta apunta a desarrollar un área relativamente relegada en el campo de la comunicación: la construcción de la ciudadanía. En un contexto de profundas transformaciones asociadas

a la globalización, la pluralidad de espacios ha minado los principios universales que servían de anclaje a las identidades colectivas. En los términos de Renato Ortiz (2014), estas nuevas condiciones ponen en crisis categorías instituidas como la de Estado-nación, que se ha tornado insuficiente para comprender los alcances de la “modernidad-mundo”. Reconocer las tensiones, conflictos y antagonismos que operan en esa construcción, implica trascender los derechos liberales de la libertad y la igualdad o la pertenencia a un territorio, como condiciones inherentes a una unidad transcendental, para destacar en cambio las diversas posiciones desde las cuales se articulan las posibilidades de una “ciudadanía cultural”. Es decir, una ciudadanía en la que *la diversidad se vuelve una condición constitutiva*. Los procesos ligados a la producción y reconocimiento de la cultura, habilitan nuevas hipótesis acerca de las formas alternativas de politicidad en las luchas por la hegemonía. En este sentido, es posible y necesario profundizar las articulaciones entre los andamiajes político y sociosemiótico que, sin negar sus diferencias, apunten a orientar otras elaboraciones conceptuales, como asimismo las aproximaciones empíricas a las tramas discursivas en las que se materializa la siempre contingente constitución de lo social.

### Referencias bibliográficas

Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Barros, Sebastián (2002). *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.

Da Porta, Eva (2014), *Mediatización y subjetividades contemporáneas. Aportes para su estudio*. Ponencia al XII Congreso Latinoamericano de Investigadores en Comunicación. Lima: ALAIC. <http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/GT9-Eva-Da-Porta.pdf> [11 de abril de 2015]. ISSN 2176-1627.

Derrida, Jacques (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.

Fair, Hernán (2008). *Laclau y Verón: discusiones teóricas y contribuciones para la praxis en dos teorías del discurso*. Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas. Año 9, N° 10, 9-24. Mendoza. <http://www.scielo.org.ar/pdf/efphi/v10n1/v10n1a01.pdf> [23 de setiembre de 2015]. ISSN 1515-7180.

Hall, Stuart (2010). Estudios culturales: dos paradigmas. En *Sin garantías* (29-49). Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.

Laclau, Ernesto (1977). “Prólogo”. En Anderson, Perry. *La cultura represiva. Elementos de la cultura británica*. Barcelona: Anagrama (5-21).

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.

Laclau, Ernesto (1996). ¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política? En *Emancipación y Diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Laclau, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Laclau, Ernesto (2004). *Discurso*. Topos y tropos. N° 1, 1-7. Córdoba. Publicado en Goodin Robert & Philip Pettit (Ed.) *The Blackwell Companion To Contemporary Political Thought*, The Australian National University, Philosophy Program, 1993.

Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Laclau, Ernesto (2006). *Ideología y posmarxismo*. Anales de la educación común. Año 2, N° 4, 20-35. Tercer siglo. Buenos Aires: DGCyE.

Lefort, Claude (1990). *La invención democrática*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Martín Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gilli.

Ortiz, Renato (2014). *Universidad/diversidad. Contradicciones de la modernidad-mundo*. Buenos Aires: Prometeo.

Torres Castaño, Esteban (2011). *El poder y el poder del discurso. Análisis de la propuesta de Eliseo Verón*. Perspectivas de la comunicación. Vol. 4, N° 1, 70–79. Universidad de Chile, Temuco. <http://publicacionescienciassociales.ufro.cl/index.php/perspectivas/article/view/107/90>. [20 de mayo de 2015] ISSN 0718-4867.

Verón, Eliseo (1978). Discurso, poder, poder del discurso. *Anais do Primeiro Coloquio de Semiótica*. 85- 97. Loyola e Pontificia Universidade Católica de Rio de Janeiro.

Verón, Eliseo (1984). *Semiosis de lo ideológico y del poder*. Espacios de crítica y producción. Vol. 1, 43-151. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Verón, Eliseo (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En Verón, E., Archuf, L., Chirico, M. M. et al, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* (13-26). Buenos Aires: Hachette.

Verón, Eliseo (1994). *Mediatización, comunicación política y mutaciones de la democracia*. Semiosfera. N° 2, 5-36. Madrid.

Verón, Eliseo (1995). *Interfaces. Sobre la democracia audiovisual evolucionada*. En Ferry, J.M., Wolton, D. y Noelle-Neumann, E. et al. *El nuevo espacio público* (124-139). Barcelona: Gedisa.

Verón, Eliseo (1996a). *El análisis estructural en ciencias sociales*. En *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973* (89-103). Buenos Aires: Amorrortu.

Verón, Eliseo (1996b). De la imagen semiológica a las discursividades. En Veyrat-Masson, I. y Dayan, D. (Comps.) *Espacios públicos en imágenes* (47-55). Barcelona: Gedisa.

Verón, Eliseo y Sigal, Silvia (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

Verón, Eliseo (2004). *La semiosis social* (3era. reimpresión). Barcelona: Gedisa.

Verón, Eliseo (2013). *La semiosis social*. Buenos Aires: Paidós.

Retamozo, Martín y Fernández, Mariano (2010). *Discurso político e identidades políticas: producción, articulación y recepción en las obras de Eliseo Verón y Ernesto Laclau*. Cuadernos de H Ideas. Vol. 4, N° 4, 230-252. FPyCS, UNLP. <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1407/1674> [8 de octubre de 2014]. ISSN 2313-9048.